

al frente del Opus Dei (1975-1994). Los tres residieron muchos años en países distintos al suyo —de modo particular, Álvaro del Portillo en Italia, junto al fundador; José Luis en Estados Unidos; y José María en países de centro Europa—, y con la gracia de Dios y sus vidas entregadas mostraron a innumerables personas el camino que conduce a la santidad⁵¹.

José Luis González Gullón

Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer

ROMA

BAJO LA AMOROSA MIRADA DE NUESTRA MADRE. ENSEÑANZAS DE MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO EN TORRECIUDAD

MIGUEL BRUGAROLAS

PALABRAS CLAVE: Álvaro del Portillo - Torreciudad.

RESUMEN: el amor a santa María de mons. Álvaro del Portillo y su profunda compenetración con san Josemaría quedan particularmente expresados en su entrañable relación con el Santuario y la Virgen de Torreciudad. Estas páginas esbozan algunas de las enseñanzas de don Álvaro en Torreciudad, tomando como hilo conductor cinco homilías pronunciadas entre 1988 y 1992, tres de ellas sobre el sacerdocio, y otras dos más marcadamente marianas: en la Solemnidad de la Asunción y en el Año Mariano de 1988. Son textos sencillos y directos que tratan sobre los temas fundamentales de la vida y la doctrina cristiana, y que translucen una honda devoción mariana.

UNDER OUR MOTHER LOVING LOOK. MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO TEACHINGS IN TORRECIUDAD

KEY WORDS: *Álvaro del Portillo - Torreciudad.*

SUMMARY: *The love for the Blessed Virgin of Bishop Álvaro del Portillo and his deep rapport with san Josemaría are particularly expressed in his close relationship with the Shrine and our Lady of Torreciudad.*

These pages outline some of the teachings of don Álvaro in Torreciudad, taking as a guiding thread five homilies he gave between 1988 and 1992: three of them on the priesthood, and two more on markedly Marian occasions: the Solemnity of the Assumption and the Marian Year (1988). The texts are simple and direct: they deal with the fundamental themes of Christian life and doctrine, and reveal a deep Marian devotion.

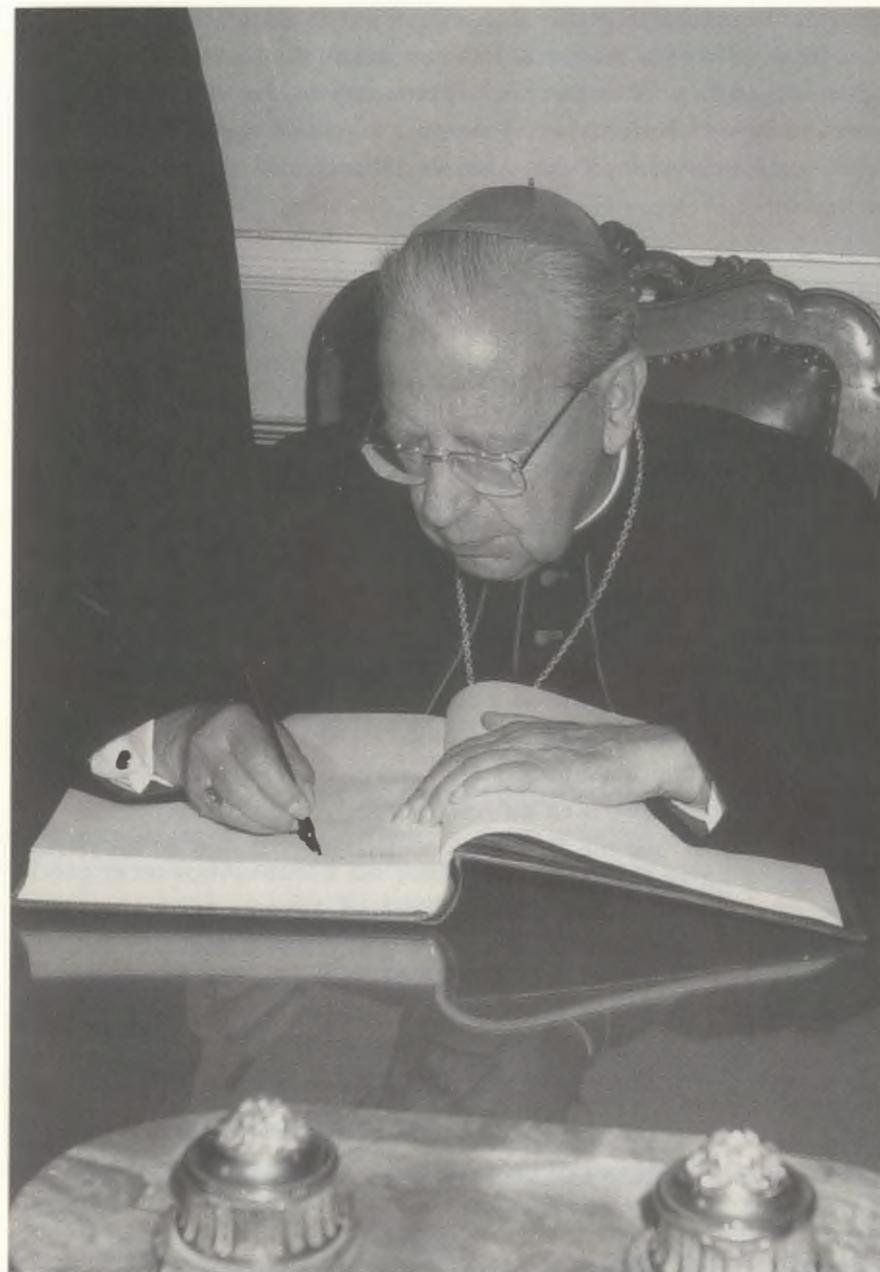
51. En diciembre del año 1972, José María Hernández Garnica falleció de modo prematuro en Barcelona debido a un cáncer; tenía 59 años. Con 71 años, José Luis Múzquiz murió cerca de Boston en junio de 1983. Y Álvaro del Portillo falleció en marzo de 1994, poco después de haber cumplido los 80 años.

En el año 2005 el prof. Lucas F. Mateo-Seco publicó en *Scripta de Maria* un estudio sobre la devoción a la Virgen en los escritos de mons. Álvaro del Portillo¹. En su trabajo dedicó especial atención a las Cartas pastorales de mons. del Portillo y en concreto a la que escribió en 1987 con ocasión del Año Mariano convocado por Juan Pablo II para conmemorar el bimilenario del nacimiento de santa María². Son unas páginas que destacan la importancia que don Álvaro otorga a la devoción mariana “como dimensión esencial de la piedad cristiana”³, que describen sus rasgos principales –una piedad mariana que es a la vez profunda y sencilla, honda y clara⁴–, y que muestran su gran confianza en el *officium maternum* de santa María y en su “eficacia” para la nueva evangelización⁵.

El artículo, que va recorriendo los jalones más importantes de la piedad mariana de don Álvaro, termina con unos párrafos dedicados a su relación con el Santuario de Torreciudad. Sin duda, la entrañable relación de don Álvaro con el santuario y la Virgen de Torreciudad es expresión de su amor a santa María y es expresión también de su profunda compenetración con el Fundador del Opus Dei.

Estas páginas, inspiradas en aquel artículo del prof. Mateo-Seco y que querrían servir de agradecido recuerdo por su vida y su trabajo teológico, esbozan algunas de las enseñanzas más importantes de don Álvaro en Torreciudad. Como es natural, estas enseñanzas no están circunscritas a

1. Cfr. L. F. MATEO-SECO, “La devoción a santa María en los escritos de mons. Álvaro del Portillo”, *Scripta de Maria* II/2 (2005), 85-109. También recientemente D. Le Tourneau ha estudiado este tema sobre el que presentó una comunicación, titulada *La piété mariale chez Alvaro del Portillo*, en el Convegno di Studi “Nel centenario della nascita di mons. Álvaro del Portillo. Vir fidelis multum laudabitur. Pontificia Università della Santa Croce, Roma 12-14 marzo 2014”.
2. Cfr. Á. DEL PORTILLO, “Carta pastoral, 31-V-1987”, *Romana* 4 (1987) 5-81; cfr. L. F. MATEO-SECO, “La devoción a santa María en los escritos de mons. Álvaro del Portillo”, 88.
3. L. F. MATEO-SECO, “La devoción a santa María en los escritos de mons. Álvaro del Portillo”, 87.
4. Estas cualidades se aprecian también en su modo de escribir: “No es don Álvaro amigo de exageraciones e hipérbolos. La sencillez de su lenguaje se encuentra bien lejos de toda formulación retórica. De ahí que su afirmación de que las palabras del Señor en la Cruz [Jn 19,27: *abí tienes a tu Madre*] “nos descubren una dimensión esencial de la vida cristiana” han de tomarse en toda su radicalidad”, L. F. MATEO-SECO, “La devoción a santa María en los escritos de mons. Álvaro del Portillo”, 92.
5. Cfr. L. F. MATEO-SECO, “La devoción a santa María en los escritos de mons. Álvaro del Portillo”, 96-99.



Don Álvaro durante el homenaje celebrado en Barbastro al entonces beato Josemaría Escrivá.

los temas marianos sino que abarcan con amplitud muchos aspectos de la doctrina y la vida cristiana. Nos centraremos, como guía de nuestra exposición, en algunas de las homilías pronunciadas por mons. del Portillo en el Santuario de Torreciudad y prestaremos también un poco de atención a algunos hechos vividos por don Álvaro en Torreciudad que pueden resultar particularmente elocuentes.

Mons. Álvaro del Portillo y Torreciudad

En el amor a santa María se percibe la profunda compenetración y sintonía espiritual que unió a san Josemaría y a mons. del Portillo, y que aparece de modo tan claro en muchas dimensiones y momentos de sus vidas. Don Álvaro aprendió de san Josemaría, como él mismo afirma, “a conocer y tratar a la Virgen con amor de hijo”⁶. Y este amor aprendido de san Josemaría le llevó a querer también como “con un solo corazón” a la imagen venerada en Torreciudad.

La devoción de don Álvaro a la Virgen María se extendía por encima de todas las advocaciones marianas y al mismo tiempo, como es natural, ese amor hacia la Señora se recreaba de modo especial en algunas imágenes y advocaciones. Es lógico que una de ellas fuera Nuestra Señora de Torreciudad. Esta advocación “despierta en mí —escribía don Álvaro en una ocasión— una serie de vivencias que me llevan a considerarla como uno de los retratos preferidos de mi Madre del Cielo”⁷.

En efecto, la Virgen y el Santuario de Torreciudad evocan a mons. del Portillo la memoria del cuidado materno de la Virgen hacia san Josemaría y el Opus Dei, y la devoción y agradecimiento con el que san Josemaría supo corresponder al amor materno incomparable de santa María⁸. Don Álvaro, que fue testigo privilegiado del amor y la fe con los que el Fundador del

6. Á. DEL PORTILLO, “Homilía pronunciada en la Basílica de San Eugenio (Roma), 25-VI-1987”, en *idem*, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilías y otros escritos*, Madrid: Rialp, 1992, 248.

7. Á. DEL PORTILLO, “Presentación”, en M. GÓMEZ y M. GARRIDO (Coord.), *Torreciudad*, Madrid: Rialp, 1988, 9-10.

8. Cfr. *ibidem*, 10.

Opus Dei había impulsado el Santuario de Torreciudad, lo calificó como “la última piedra” de la devoción mariana de san Josemaría, su “último homenaje” a la Virgen en esta tierra⁹. En este sentido, puede decirse que el Santuario de Torreciudad fue fruto de la heroica correspondencia de san Josemaría a las mociones divinas. Así lo pone de relieve don Álvaro, años después, al narrar sus recuerdos:

“Quiero subrayar que la misma idea de edificar este santuario, al final de los años sesenta, constituyó una prueba verdaderamente extraordinaria de su fe: por el esfuerzo económico que exigía; porque eran años de evidente crisis en la devoción popular; por su ubicación, fuera de toda ruta turística y lejos de una gran ciudad; en fin, por hacer una amplia cripta de confesonarios en un periodo en que decaía la práctica de la confesión”¹⁰.

Estas palabras de don Álvaro señalan la *locura* que la construcción del Santuario suponía desde el punto de vista meramente humano, la audacia de la fe de san Josemaría y, en el fondo, el *prodigio* que Dios quiso realizar a través de su Santísima Madre, venerada desde hacía tantos siglos en Torreciudad.

En este mismo sentido resulta muy elocuente todo lo acontecido durante la visita de don Álvaro a Torreciudad en 1977. Fue su tercera visita a Torreciudad, pero la primera después de la marcha al cielo de san Josemaría. A diferencia de las peregrinaciones a Torreciudad de 1970 y 1975, don Álvaro ya no acompañaba a san Josemaría, sino que acudía en su nombre, para cumplir una promesa. En 1970, estando en México ante la Virgen de Guadalupe, el Fundador del Opus Dei había prometido *dar el primer beso con todo el amor de un hijo agradecido* al mosaico de la Virgen de Guadalupe, que se colocaría en la Cripta de los confesonarios de Torreciudad; y pidió que, si para entonces el Señor le había llamado ya a su presencia, lo cumpliera el más antiguo de sus hijos en la Obra. Este hijo suyo más antiguo era don Álvaro y el cumplimiento fiel de este deseo de san Josemaría fue el motivo expreso de esta especial visita al Santuario de Torreciudad.

9. Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid: Rialp, 1993, 169-170.

10. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, 170.



Don Álvaro besa el mosaico de la virgen de Guadalupe.

La “devoción filial” y la “delicada fidelidad”¹¹ de don Álvaro a esta promesa de san Josemaría, hizo que este acto de amor a la Virgen de Guadalupe fuera como una prolongación del amor de san Josemaría a la Virgen en esta tierra. En el piadoso cumplimento de esa promesa se mezcla y se confunde el mismo espíritu esencialmente mariano del Fundador del Opus Dei y de su fidelísimo sucesor.

En el Año Mariano de 1988

Lo que venimos diciendo permite comprender en toda su hondura las palabras de rendida acción de gracias a Dios con las que comienza don Álvaro una homilía pronunciada en Torreciudad el 24 de julio de 1988.

11. Cfr. Texto inscrito en la placa conmemorativa junto a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en la Cripta del Santuario de Torreciudad.

Esta homilía, en el marco de la celebración del Año Mariano convocado por Juan Pablo II, es la primera homilía publicada de las que don Álvaro predicó en Torreciudad. El texto deja ver con claridad los sentimientos que suscita la Virgen y el Santuario de Torreciudad en el alma de don Álvaro:

“Gratias tibi, Deus, gratias tibi! Doy gracias de todo corazón a Dios Padre Omnipotente, a Dios Verbo Encarnado, a Dios Espíritu Santo: a la Trinidad Beatísima, que me ha permitido celebrar hoy la santa Misa en este Santuario mariano, querido con tanto amor por nuestro Fundador, el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer. ¡Qué ilusión puso en estas edificaciones! en el desarrollo del proyecto; en el magnífico retablo, que siguió muy de cerca desde el primer momento; en la urgencia con que impulsó la terminación de esta iglesia”¹².

La acción de gracias a la Trinidad por “la fe y la fortaleza”¹³ de san Josemaría da paso enseguida a la consideración de la responsabilidad personal en la correspondencia a la gracia de Dios, del deber de comprometerse y luchar por la propia santidad: “Ahora estamos aquí quienes hemos recibido la herencia de nuestro Fundador. Hijos míos, ¡qué poca cosa somos, y qué bueno es Nuestro Señor!”¹⁴.

Don Álvaro comienza así una homilía vibrante, profunda y sencilla a la vez, en la que habla, al hilo del Evangelio de la Misa, de la Eucaristía y de su importancia para la lucha interior y el apostolado. Se descubren dos ideas fundamentales. En primer lugar la Eucaristía como alimento que diviniza, que identifica al cristiano con Cristo y lo constituye en verdadero apóstol. Don Álvaro toma el Evangelio de la multiplicación de los panes (cfr. *Mt* 14,13-21) proclamado en la santa Misa, comenta el milagro realizado por Jesús –por su Corazón Misericordioso y su Omnipotencia– para alimentar a incontables hombres y mujeres, y dirige la atención sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía:

12. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 24-VII-1988”, *Romana* 7 (1988), 276.

13. *Ibidem*.

14. *Ibidem*.



Santa misa celebrada por don Álvaro en julio de 1988 en Torreciudad.

“Fijaos qué bueno es Nuestro Señor: hizo esta maravilla para que esas gentes no se quedaran en ayunas durante poco tiempo: el tiempo que tardasen en volver a sus aldeas. Ahora vuelve a repetir ese milagro, pero de una manera mucho más sublime: convierte el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. [...] Cristo se hace presente verdadera y realmente en nuestros altares. La santa Misa, lo sabéis bien, es la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario. El pan y el vino que ofrecemos se convertirán en el Cuerpo, en la Sangre, en el Alma y en la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Jesús se da como alimento, no para saciar nuestra hambre durante un día o dos, sino como Pan vivo que baja del Cielo y dura hasta la vida eterna (Jn 6,58). Hijos míos, ¡qué bueno es Dios, que hace este gran milagro para nosotros! Acrecentad vuestra fe, con la gracia de Dios, en el Santísimo Sacramento. Admirad la Bondad y la Omnipotencia de Dios. Amadle más, porque a Quien tanto nos ama hemos de devolverle amor por amor”¹⁵.

15. *Ibidem*, 276-277.

Las palabras sencillas y claras de don Álvaro subrayan el prodigio del Amor y la Omnipotencia divina que se realiza en la Eucaristía. La presencia del mismo Cristo, nacido de santa María, que durante su vida terrena alimentó milagrosamente a sus discípulos, se convierte por el Sacrificio del Altar en alimento divino. El Amor de Dios que se entrega en la Eucaristía es tan fecundo que constituye para el cristiano el alimento de vida divina que lo convierte en verdadero apóstol. El Concilio Vaticano II, hablando de los laicos, afirma que los sacramentos, y especialmente la sagrada Eucaristía, “comunican y alimentan aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado”¹⁶. En esta misma línea, don Álvaro entrelaza la configuración con Cristo que se realiza mediante la comunión eucarística y la vocación cristiana al apostolado:

“Pensad también que si Jesucristo, Señor Nuestro, realiza el milagro de convertir un trozo de pan en alimento divino para muchos, lleva a cabo también otro gran portento: convertir en enviados suyos a los hombres y a las mujeres a quienes Él llama al apostolado”¹⁷.

Y más adelante prosigue:

“Puedes ser apóstol de Jesucristo, porque Él te llama y te da su fuerza, infundiéndote la fe, alimentándote con la esperanza y encendiéndote en su amor. Y como prenda de estas virtudes teologales, que derrama generosamente en nuestras almas mediante el Espíritu Santo (cfr. Rm 5,5), nos entrega su Cuerpo y su Sangre, alimento de caminantes, Pan de Vida eterna”¹⁸.

Don Álvaro al hablar de la identificación con Cristo que Dios realiza en el cristiano por la comunión eucarística aduce indirectamente las célebres palabras de san Agustín: “Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Pero tú no me transformarás en ti como al manjar de tu carne, sino que tú te transformarás en mí”¹⁹. Propiamente san Agustín se refiere con estas

16. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 33.

17. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 24-VII-1988”, 277.

18. *Ibidem*, 277.

19. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* VII 10,16; cfr. P. TINEO, *Agustín de Hipona. Confesiones*, Madrid: Ciudad Nueva, 2003, 235.

palabras a la transformación del alma por el conocimiento de Dios, que es la Verdad, el Amor y la Eternidad; don Álvaro –siguiendo una interpretación habitual– las aplica al efecto transformador de la comunión eucarística, que queda descrito así con una claridad formidable: “El alimento natural, cuando alguien lo toma, se convierte en la sustancia del que lo recibe. En cambio, cuando nos alimentamos con el Pan eucarístico, es nuestra alma y nuestro cuerpo, nuestro ser entero, el que se convierte en Cristo, identificándose poco a poco con Él”²⁰.

Así, el prodigio de la multiplicación de los panes realizado por Jesús es signo de esos otros prodigios de la gracia: la conversión del pan en el Cuerpo de Jesucristo –alimento divino– y la conversión de los hombres en apóstoles, enviados de Jesucristo: “Dios quiere contar con vosotros y conmigo. Somos nada, y menos que nada. Pero el Señor, que realiza el milagro estupendo de saciar a una gran muchedumbre con unos pocos panes, puede convertirnos a nosotros en alimento para los demás, enseñándonos que somos hijos de Dios y llenándonos de alegría”²¹. Eucaristía y afán apostólico son dos realidades inseparables: de la comunión con Cristo nace el envío apostólico, y el fin de la acción apostólica es esa misma unión con Cristo, que alcanza en la Eucaristía la realización máxima posible en la tierra.

En segundo lugar, y muy en relación con lo anterior, don Álvaro insiste en la necesidad de la lucha espiritual para perseverar en la vida cristiana. La lucha por la santidad exige al cristiano una fiel correspondencia a la gracia de Dios, que requiere de la participación en la Eucaristía como de su fuente. Para mantener viva la lucha interior es necesario acudir al Señor, de tal modo que la Eucaristía es al mismo tiempo alimento para la pelea y garantía para la victoria.

Con los sacramentos de la Confesión y la Eucaristía, con la oración y las prácticas cotidianas de piedad que entretejen la propia vida, el Señor nos hace soldados y apóstoles suyos, y nos promete la victoria definitiva²². Son muchas las expresiones –frases encendidas– dirigidas a mover a la conversión

20. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 24-VII-1988”, 277.

21. *Ibidem*, 278.

22. Cfr. *ibidem*, 278.

a quienes le escuchaban o a impulsar a una vida cristiana más decidida, a una entrega más radical al Amor de Dios. Baste, a modo de ejemplo, recoger unas pocas líneas:

“Hijos míos, acudamos al Señor para ser fuertes. En la pelea espiritual que hemos de sostener, a veces venceremos y a veces seremos vencidos. Pero todos hemos de luchar, llenos de esperanza. Nadie puede desertar de esta guerra interior, personal: en la vida del alma, quien no pelea es un vencido; en cambio, quien recomienza una vez y otra, gana siempre [...] Hijo mío, hija mía: tú, a pesar de tus derrotas, si cada vez reanudas la pelea, con la ayuda de Dios te llamarás vencedor, vencedora. Al Señor le basta con esa buena voluntad nuestra, para darnos graciosamente la corona”²³.

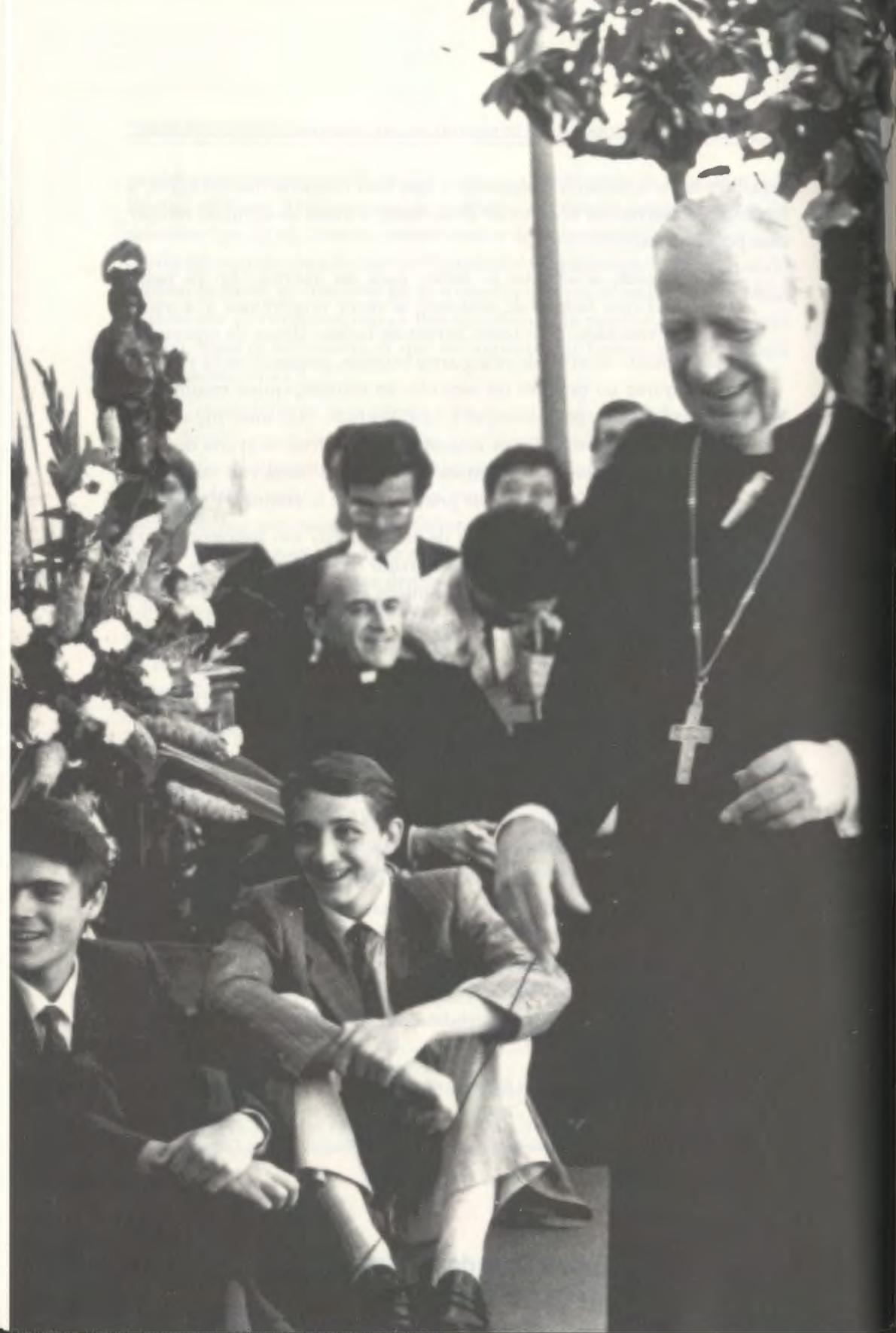
Los fragmentos que hemos citado de esta homilía son suficientes para percibir la importancia que mons. del Portillo da a la acción de la gracia y a la renovación de la libertad de los hombres por su correspondencia a la gracia. Esto no es otra cosa que los “milagros espirituales” que san Josemaría deseó y pidió con tanta generosidad al Señor: *la conversión y la paz para muchas almas*²⁴.

El Santuario de Torreciudad –era el deseo del Fundador– habría de ser un lugar de encuentro con Dios; por intercesión de la Virgen, los hombres se dispondrían de tal manera a la gracia, que tendrían lugar muchos “prodigios” en la vida interior de las almas. La homilía de don Álvaro, pronunciada bajo la amorosa mirada de la Virgen de Torreciudad y con el vivo recuerdo de san Josemaría, se dirige precisamente a fomentar en quienes le escuchaban el deseo de acercarse más al Señor. De este modo, sus palabras son también expresión concreta y real de la mediación materna de santa María en la vida cristiana. Las innumerables ocasiones en las que las enseñanzas de san Josemaría hablan de ir *a Jesús por María*²⁵, resuenan como trasfondo de cuanto dice don Álvaro:

23. *Ibidem*, 277-278.

24. Cfr. F. DELCLAUX, *Santa María en los escritos de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 2004³, 56-59.

25. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, 495; cfr. J. L. BASTERO, “María Santísima” en J. L. ILLANES (coord.), *Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, Burgos: Monte Carmelo, 2013, 804-805.



“Acudo a la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra. Ella quiere que se cumpla en todo la voluntad de su Hijo (cfr. *Jn* 2,5), y la voluntad de su Hijo es que seamos santos (cfr. *1 Tes* 4,3). Que santa María obtenga las gracias necesarias para que nuestra vida sea una conversión interior permanente, un milagro espiritual constante: cada día, un paso nuevo que nos acerque a Cristo, por medio del Corazón Dulcísimo de Nuestra Señora”²⁶.

La Solemnidad de la Asunción

Al año siguiente de la homilía que venimos comentando, don Álvaro volvió a Torreciudad, en esta ocasión en el mes de agosto, y celebró en el Santuario la solemnidad de la Asunción de María a los Cielos. En este día, como es lógico, la homilía de mons. del Portillo es esencialmente mariana y trata de la doctrina de la Asunción, tanto de su contenido teológico, como de sus consecuencias para la vida del cristiano. El equilibrio formal de la homilía, la precisión del lenguaje y el acabado desarrollo de su contenido, proporcionan al texto un notable valor dentro de su brevedad.

La homilía comienza –siguiendo las oraciones de la liturgia– con un canto alegre de alabanza a Dios por el misterio de la Asunción de María y con una invitación a considerar la escena del *transitus* de la Virgen, llevada en cuerpo y alma por Dios a los Cielos. Para ello don Álvaro toma como punto de partida las palabras de san Josemaría en *Santo Rosario*: “Se ha dormido la Madre de Dios...”²⁷, que centran este misterio glorioso en la *dormición* de María, tan presente en la tradición litúrgica y patristica²⁸.

← Páginas anteriores

Tertulia con jóvenes el 24 de julio de 1988.

26. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 24-VII-1988”, 278.

27. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Santo Rosario*, Madrid: Rialp, 2008⁵⁰, 62.

28. Cfr. J. L. BASTERO, *Virgen Singular. La reflexión teológica mariana en el siglo XX*, Madrid: Rialp, 2001, 172-175.



Don Álvaro conversa con uno de los ordenandos.

Es bien conocido que tanto la fiesta litúrgica de la Dormición de la Virgen, como muchos de los testimonios patrísticos, hablan de la *dormición* de María en un sentido que no excluye la muerte de María²⁹. Más bien, podría decirse, que la *dormición* hace referencia a un final de la vida –a un morir– que no conoció la corrupción del sepulcro y que, en palabras de Juan Pablo II, “fue para María una maduración de la gracia en la gloria”³⁰. El final de la vida de santa María fue un *tránsito*, una admirable transformación de la vida mortal a la vida gloriosa.

Don Álvaro utiliza con mucha precisión sus palabras y nada dice sobre si santa María experimentó o no la muerte corporal. Después de citar el Prefacio de la Misa que proclama: “no quisiste, Señor, que conociera la corrupción del sepulcro quien había engendrado en la carne de un modo inefable al Autor de la Vida”³¹, añade don Álvaro:

29. Cfr. M. JUGIE, *La mort et l'Assomption de la Sainte Vierge*. Etude historico-doctrinale, Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 1944, 507-510.

30. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 25-VI-1997.

31. MISAL ROMANO, *Prefacio de la Solemnidad de la Asunción de María*.

“Como Jesús, después de morir, resucitó y ascendió con su cuerpo al Cielo, la Iglesia ha creído siempre —y fue declarado como dogma de fe en su momento— que la Virgen Santísima, una vez terminado el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma al Cielo”³².

Sus palabras se ajustan delicadamente a la declaración del dogma de la Asunción y dirigen la atención —como veremos— hacia lo que es verdaderamente importante: la Asunción es el “premio” y la “exaltación” que santa María recibe de parte de la Trinidad, por ser Madre de Dios y por su total unión a Cristo. En efecto, como dice don Álvaro, “es lógico” que el Señor actuase de esta manera con santa María³³: convenía que Aquélla que estuvo constantemente unida a su Hijo, poseyera al final de la vida, la glorificación que corresponde a su Hijo; y también, que quien fue de excelsa virtud durante toda su vida, fuera exaltada como Reina y resplandeciera como modelo de santidad ante todos los hombres. He aquí las palabras de mons. del Portillo:

“Si la Virgen estuvo exenta de pecado original desde el primer instante de su Concepción y fue morada de la Trinidad Beatísima (cfr. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854), y si la muerte es la pena del pecado (cfr. *Rm* 6,23), resultaba muy conveniente que su cuerpo no sufriera la corrupción, como tampoco la había experimentado su Hijo. Además, desde que el Verbo se hizo carne en sus entrañas purísimas (cfr. *Jn* 1,14; *Lc* 1,26-38), María estuvo constantemente unida a Cristo, sin separarse jamás de Él: lo llevó en su seno nueve meses, lo alimentó y cuidó cuando era Niño, trabajó a su lado durante treinta años, lo siguió en sus desplazamientos por Palestina en la vida pública y recogió su último aliento en el Gólgota, participando de modo único en el Sacrificio de la Cruz”³⁴.

Este texto refleja la *conexión* de los misterios y privilegios marianos, que es tan querida por los mariólogos y que aparece sugerida en la misma

32. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 15-VIII-1989”, *Romana* 9 (1989), 241.

33. Cfr. *ibidem*, 240.

34. *Ibidem*.

definición dogmática de la Asunción, al añadir en aposición al nombre de María los títulos de Inmaculada, Madre de Dios y siempre Virgen³⁵. De modo especial, destaca en el texto, la unión entre santa María y su Hijo como razón por la que resulta conveniente, “lógico”, que Dios actuara de esa manera con María y la llevara, al final de su vida, en cuerpo y alma al Cielo.

Don Álvaro recoge sobre esto el célebre texto de san Juan Damasceno, aducido por Pío XII en la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*³⁶, en el que aparecen enumerados los privilegios de santa María y su participación en la obra redentora como razones por las que convenía que la Madre de Dios “poseyera lo que corresponde a su Hijo”³⁷.

La unión indefectible entre el Verbo y María que aconteció de modo admirable en la Encarnación continúa para siempre en el Cielo; el Señor quiere tener junto a Sí a su Madre. Y es que desde el momento en que santa María, que ya estaba unida íntimamente a Dios por ser la Inmaculada Concepción, se convierte en Madre de Dios, queda ligada de un modo singularísimo a la economía de la salvación hasta el final de los tiempos. Se trata de la especialísima asociación de María al misterio de Cristo y su obra redentora. En Ella, “se ha realizado plenamente el designio divino de salvación”³⁸, subraya don Álvaro con unas palabras

35. Cfr. Pío XII, Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, AAS 42 (1959), 770; cfr. C. POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid: BAC, 1988, 141.

36. Cfr. Pío XII, Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, 1-XI-1950, AAS 42 (1950), 761.

37. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 15-VIII-1989”, *Romana* 9 (1989), 241: “Convenía que Aquélla que en el parto había conservado íntegra su virginidad, conservase sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Convenía que Aquélla que había llevado en su seno al Creador hecho niño, habitara en la morada divina. Convenía que la Esposa de Dios entrara en la casa celestial. Convenía que Aquélla que había visto a su Hijo en la Cruz, recibiendo así en su corazón el dolor de que había estado libre en el parto, lo contemplara sentado a la derecha del Padre. Convenía que la Madre de Dios poseyera lo que corresponde a su Hijo, y que fuera honrada como Madre y Esclava de Dios por todas las criaturas” (SAN JUAN DAMASCENO, *In Dormitionem Sanctae Dei Genitricis Mariae* II, 14: PTS 29, 531-532).

38. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 15-VIII-1989”, *Romana* 9 (1989), 241.



Don Álvaro ordena sacerdotes en 1991.

que recuerdan a estas otras de san Josemaría: “Ésta es la misteriosa economía divina: Nuestra Señora, hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación”³⁹.

La consideración de la perfecta realización de la salvación en santa María da paso a la segunda parte de la homilía, en la que la Santísima Virgen es contemplada como “modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos”⁴⁰ y Madre, a quien “nosotros —que queremos ser hijos buenos— tenemos que asemejarnos”⁴¹.

En los párrafos que siguen, las palabras de don Álvaro son muy similares a las que veíamos en la homilía anterior y se centran igualmente en la necesidad de mantener una lucha viva y constante por la santidad. Para ello, insiste don Álvaro, hay que “acudir al Señor y poner los medios que la Iglesia nos ofrece: la oración, la mortificación, la recepción frecuente de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía”⁴²; y hay que acudir a la intercesión de la Virgen. Con gran sencillez y confianza lo hace don Álvaro en un momento de la homilía:

“Madre mía, yo quiero ser fiel a tu Hijo, y para eso cuento con que Tú intercederás por mí. El Señor no puede dejar de oírte”⁴³.

Por último, la contemplación del glorioso final de la vida terrena de santa María lleva a don Álvaro a fijar la mirada en el Cielo al que todos los hombres estamos llamados por Dios, si cumplimos su voluntad:

“De esta manera, también llegará para nosotros el momento de subir al Cielo. No del mismo modo que la Santísima Virgen, porque nuestros cuerpos conocerán la corrupción del sepulcro debida al pecado. Sin embargo, si morimos en la gracia de Dios, nuestras almas irán al Cielo, quizá pasando antes por el Purgatorio para adquirir el traje nupcial que es indispensable para entrar en el banquete de la vida eterna, la limpieza necesaria para ser dignos de ver a Dios *sicuti est* (1 Jn 3,2), tal como Él es. Después, en el momento de la resurrección universal

39. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Madrid: Rialp, 1973, 365.

40. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 65.

41. Á. DEL PORTILLO, “Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 15-VIII-1989”, *Romana* 9 (1989), 241.

42. *Ibidem*, 242.

43. *Ibidem*, 242.

de los muertos, también nuestros cuerpos resucitarán y se unirán a nuestras almas, glorificados, para recibir el premio eterno”⁴⁴.

La realidad del Cielo ha de llenar de esperanza y alegría la lucha cotidiana por la santidad. “Vale la pena luchar, decir al Señor que sí”, repite ardientemente mons. del Portillo, con el convencimiento de que la muerte será “un cambio de casa”, “una liberación”, “el principio de la Vida con mayúscula”. “Empezaremos a vivir de un modo nuevo, muy unidos a la Santísima Virgen, para adorar eternamente a la Trinidad Beatísima”⁴⁵.

Tres homilías sobre el sacerdocio

Al tratar de la predicación de don Álvaro en Torreciudad no pueden dejar de mencionarse las homilías sobre el sacerdocio que pronunció en el Santuario, en las tres ocasiones en las que confirió las Sagradas Órdenes a algunos fieles de la Prelatura. Ciertamente son numerosos y bien conocidos los escritos teológicos y canónicos de mons. del Portillo sobre la naturaleza del sacerdocio y la misión del sacerdote⁴⁶. En estas breves páginas, no pretendemos estudiar su pensamiento en este terreno, pues esto excedería por completo los límites de nuestro trabajo, sino glosar brevemente algunos fragmentos de sus homilías.

El género propio de la predicación exige concisión y sencillez, y sirve a don Álvaro para exponer el conjunto de los temas fundamentales sobre el sacerdocio de modo sobrio y sincero⁴⁷. Esto hace que las homilías, que pueden

← Página anterior

Homilía durante las ordenaciones en 1991.

44. *Ibidem*, 242-243.

45. Cfr. *ibidem*, 243.

46. Especialmente importantes son sus obras: *Fieles y laicos en la Iglesia* (Pamplona, 1969) de índole canónica, y *Escritos sobre el sacerdocio* (Madrid, 1970; 4ª ed. ampliada 1976; 6ª ed. ampliada 1991) de naturaleza teológica.

47. Brilla en estos textos el gusto de don Álvaro por la sencillez y la sobriedad del lenguaje y la importancia dada al dato que contiene la verdad y que es necesario respetar (cfr. L.F. MATEO-SECO - M. BRUGAROLAS, “La teología del sacerdocio ministerial en el contexto del Concilio Vaticano II. La aportación de mons. Álvaro del Portillo”, en *Convegno di Studi “Nel centenario della nascita di mons. Álvaro del Portillo. Vir fidelis multum laudabitur. Pontificia Università della Santa Croce, Roma 12-14 marzo 2014”*, en prensa).



considerarse textos “menores”, tengan en sí mismas un especial interés. A esto hay que añadir además, el carácter propio que cada una de las homilías posee, marcado por el momento concreto y las especiales circunstancias en las que se celebró cada una de las ordenaciones sacerdotales de Torreciudad.

La primera homilía fue pronunciada el 1 de septiembre de 1991. Mons. del Portillo había sido consagrado obispo por Juan Pablo II unos meses antes, y era la primera vez que el Prelado del Opus Dei confería el presbiterado a unos hijos suyos. De aquí la importancia de esta homilía. El momento era muy significativo y don Álvaro quiso dejar plasmada en su homilía una síntesis formidable en el fondo y en la forma de la teología del sacerdocio⁴⁸.

Basta leer el último párrafo del *exordio* para reconocer la columna vertebral de la homilía, que coincide exactamente con el eje teológico del sacerdocio ministerial:

“Al imponer las manos e invocar el don del Espíritu Santo sobre ellos, estos hijos míos se convertirán para siempre en sacerdotes de Jesucristo: escogidos por Dios de entre los hombres (cfr. *Hb* 5,1) y consagrados con la unción del Espíritu Santo, para ser enviados a predicar el Evangelio y sanar a las almas con la gracia de los sacramentos”⁴⁹.

Ésta es la triple realidad que se hace presente en la ordenación sacerdotal y que configura el ser mismo del sacerdocio ministerial: elección, consagración y misión. Don Álvaro dedica toda su homilía a desarrollar brevemente lo que cada una comporta. La *llamada* es la elección gratuita de Dios que viene a añadirse a la vocación bautismal a la santidad para ser dispensadores de los misterios divinos. Por la *consagración* el alma del sacerdote queda sellada con el *carácter* del sacerdocio ministerial que lo capacita para actuar *in persona Christi Capitis*. La *misión* del presbítero, que adviene inseparable a su consagración, es misión de servicio y se manifiesta en una constante disponibilidad para atender sacerdotalmente a las almas.

48. Sin duda, de las tres homilías sobre el sacerdocio pronunciadas en Torreciudad, ésta es la más importante. Para un estudio un poco más detallado del texto: cfr. L.F. MATEO-SECO - M. BRUGAROLAS, “La teología del sacerdocio ministerial en el contexto del Concilio Vaticano II. La aportación de mons. Álvaro del Portillo”, en prensa.

49. Á. DEL PORTILLO, “Omelia nella celebrazione eucaristica per l'ordinazione di venti nuovi sacerdoti della Prelatura, l'1-IX-1991, nel Santuario di Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad”, *Romana* 13 (1991), 255.

Conviene destacar que desde el punto de vista de la realidad teológica, es la consagración lo que se sitúa en la clave del arco. En palabras de L.F. Mateo-Seco: “Son llamados para ser consagrados, y son consagrados para ser enviados. Hay relación de causa efecto entre la consagración y la misión”⁵⁰. Este íntimo y profundo ligamen que existe entre consagración y misión, su unión e interdependencia, fue el hilo conductor del Decreto *Presbyterorum Ordinis*⁵¹ y una constante en todos los escritos de don Álvaro sobre el sacerdocio. Mons. del Portillo no solo insistió en la relación inseparable de consagración y misión, sino también en el orden en que está relación se da: la consagración va siempre primero. Es decir, la dimensión cristológica del sacerdocio antecede a su inseparable dimensión eclesiológica.

También aparece así en sus homilías sobre el sacerdocio, en las que dedica especial atención a la unidad de vida que ha de darse en el sacerdote, entre su vida espiritual y su misión. La naturaleza del sacerdocio ministerial define la misión del sacerdote, que es una misión sacramental doble e inseparable de adoración a Dios y de servicio a los hombres⁵². Así se ve, por ejemplo, en la homilía que pronunció mons. del Portillo en el año 1992. La Beatificación del Fundador del Opus Dei dio un cariz especial a las palabras de don Álvaro, que se centraron especialmente sobre la misión del sacerdote y la caridad pastoral que la ha de informar:

“Me interesa recordaros que la expresión caridad pastoral presenta un matiz que no debemos olvidar: porque el sacerdote es pastor, pero no en nombre propio, sino de Cristo. “Por su misma naturaleza y misión sacramental –se lee en la *Pastores dabo vobis*–, el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia, como signo de la prioridad absoluta y de la gratuidad de la que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia” (Exhort. Apost. *Pastores dabo vobis*, n. 16). El sacerdocio evidencia que la Iglesia no vive de sí misma, sino de Cristo, que comunica su vida a través de la

50. L. F. MATEO-SECO - M. BRUGAROLAS, “La teología del sacerdocio ministerial en el contexto del Concilio Vaticano II. La aportación de mons. Álvaro del Portillo”, en prensa.

51. Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Pamplona: Eunsa, 1990, 58.

52. Cfr. Á. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, 51.

palabra y de los sacramentos. A la vista de esta realidad, ¡con qué hondura deberíamos todos los católicos llenarnos de admiración, de agradecimiento, de amor, cada vez que se celebra la santa Misa; cada vez que pasamos cerca de un Sagrario, donde Cristo nos espera; cada vez que en el sacramento de la Penitencia se nos dice que Dios perdona! Y si esto –insisto– vale para todo cristiano, ¡cuánto más para un sacerdote, que conoce la propia pequeñez y advierte que Cristo se sirve de él para misiones tan grandes! Hacia ese Cristo ha de esforzarse el sacerdote por conducir a las almas: sois, os lo repito, pastores en nombre y en servicio de Cristo”⁵³.

La caridad pastoral que ha de informar la misión del sacerdote es una específica modulación del *mandatum novum* dado por Cristo a todos los cristianos. Si la caridad que ha de vivir todo cristiano es esencialmente cristológica, la caridad que corresponde a quienes han sido configurados para ejercer la función de pastor, en nombre de Cristo y a imitación suya, lo es de un modo particular. El sacerdote está llamado a ejercer su ministerio “no en nombre propio”, sino con la caridad de Cristo, “que comunica su vida a través de la palabra y de los sacramentos”. Las palabras de don Álvaro son diáfanas y expresan con una claridad tal la centralidad de Cristo en la misión del sacerdote que no necesitan de ninguna explicación.

Al año siguiente, en 1993, la celebración de las ordenaciones en Torreciudad, estuvo marcada por la conmemoración del cincuenta aniversario de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. La acción de gracias a Dios se hizo particularmente presente en las palabras de mons. del Portillo, y se tradujo en una invitación a trabajar con un renovado ardor en la *nueva evangelización* promovida por Juan Pablo II. En este sentido, animó a los sacerdotes a ser “instrumentos de unidad”, para lo cual es necesario “ser

← Página anterior

Durante las ordenaciones de 1993.

53. Á. DEL PORTILLO, “Omelia nella celebrazione eucaristica per l’ordinazione di venti nuovi sacerdoti della Prelatura, il 6-IX-1992, nel Santuario di Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad”, *Romana* 15 (1992), 249.

almas de oración”, “profundizar en la doctrina” y “agrandar el corazón para comprender a todos y compartir las necesidades espirituales y materiales de quienes os rodean”⁵⁴.

Resumir lo que fue la predicación de don Álvaro sobre el sacerdocio, donde son tantos los aspectos y dimensiones que se tratan, y sobre todo, donde todo lo que se dice nace de una vida sacerdotal aprendida y vivida junto a san Josemaría, no resulta nada sencillo. Quizás, el mejor modo de hacerlo sea tomar unas palabras del propio don Álvaro, en las que recordando a san Josemaría, las fronteras del tiempo parecen dilatarse. Don Álvaro trae a la memoria las palabras que el Fundador les dirigió el día de la ordenación sacerdotal a los tres primeros sacerdotes del Opus Dei, y comenta:

“Aquel día, nuestro Fundador comentó que, cuando pasaran los años y nos preguntasen qué decía el Padre en aquella ocasión, habíamos de responder que nos recordó lo de siempre: *oración, oración, oración; mortificación, mortificación, mortificación; trabajo, trabajo, trabajo*. Yo, en esta jornada de alegría, bajo la mirada amorosa de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, parafraseando a nuestro queridísimo Fundador, os digo que el Padre, en este día en que por vez primera ordenó sacerdotes a un grupo de hijos suyos, pedía para ellos, para los demás fieles de la Prelatura y para los miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz una sola cosa: fidelidad al espíritu que santamente nos legó nuestro Padre. Fidelidad a Dios, a la Iglesia, al Papa y a los Obispos; y, para eso, insisto, fidelidad al espíritu del Opus Dei. [...] Hijos míos: ¡fidelidad, fidelidad, fidelidad!”⁵⁵.

Conclusión

Para terminar este breve recorrido por las enseñanzas de mons. Álvaro del Portillo en Torreciudad quisiéramos fijarnos en un título mariano

54. Á. DEL PORTILLO, “Omelia nella celebrazione eucaristica per l’ordinazione di ventuno diaconi della Prelatura, il 5 settembre 1993, nel Santuario di Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad”, *Romana* 17 (1993), 230.

55. Á. DEL PORTILLO, “Omelia nella celebrazione eucaristica per l’ordinazione di venti nuovi sacerdoti della Prelatura, l’1-IX-1991, nel Santuario di Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad”, *Romana* 13 (1991), 258.



Tertulia con jóvenes el 24 de julio de 1988.

particularmente querido por él y que aparece con frecuencia en su predicación. Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, es *Omnipotencia Suplicante* ante Dios y en favor nuestro.

Este título dado a santa María por la tradición cristiana nos enseña a confiar en su poderosísima intercesión maternal. Jesús nada puede negar a su Madre y, por eso, ya que también es Madre nuestra, podemos acudir a Ella con el atrevimiento y la seguridad –con el amor– de los hijos.

De modo formidable explica esto don Álvaro cuando comenta el pasaje de las Bodas de Caná. La *complicidad* de Jesús y María en el primer milagro en Caná, nos revela el amor –y la *humanitas*– con el que Dios busca siempre a sus hijos a través de la Bienaventurada Virgen María:

“Santa María se da cuenta de que el vino está a punto de acabarse. Aquello sería una vergüenza para los novios, e intercede para evitar que pasen un mal rato. *No tienen vino (Jn 2,3)*, dice a su Hijo. Jesús le da una respuesta aparentemente fría, para que

nosotros aprendamos a tener fe y a confiar siempre en la intercesión de la Virgen, que es Omnipotencia Suplicante. Dijo el Señor a su Madre: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora* (Jn 2,4). Pero sí había llegado la hora de realizar el primer milagro, porque se lo pedía la mejor de las madres, a quien un Hijo tan bueno —el mejor de los hijos— no podía negar nada. La Virgen lo sabía y, por eso, inmediatamente dice a los servidores: *haced lo que Él os diga* (Jn 2,5)⁵⁶.

Miguel Brugarolas

Facultad de Teología

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

56. Á. DEL PORTILLO, "Homilía en la santa Misa celebrada en el Santuario mariano de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, 15-VIII-1989", *Romana* 9 (1989), 242.

LA ENSEÑANZA MARIANA DE JUAN PABLO II

FILICASH MATHEW

Faded text in the upper section of the right page, likely the beginning of the article.

THE MARIAN TEACHING OF JOHN PAUL II

Faded text in the middle section of the right page, likely the beginning of the English abstract.

ESTUDIOS